

Reseña

Los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios

Haydeé López Hernández

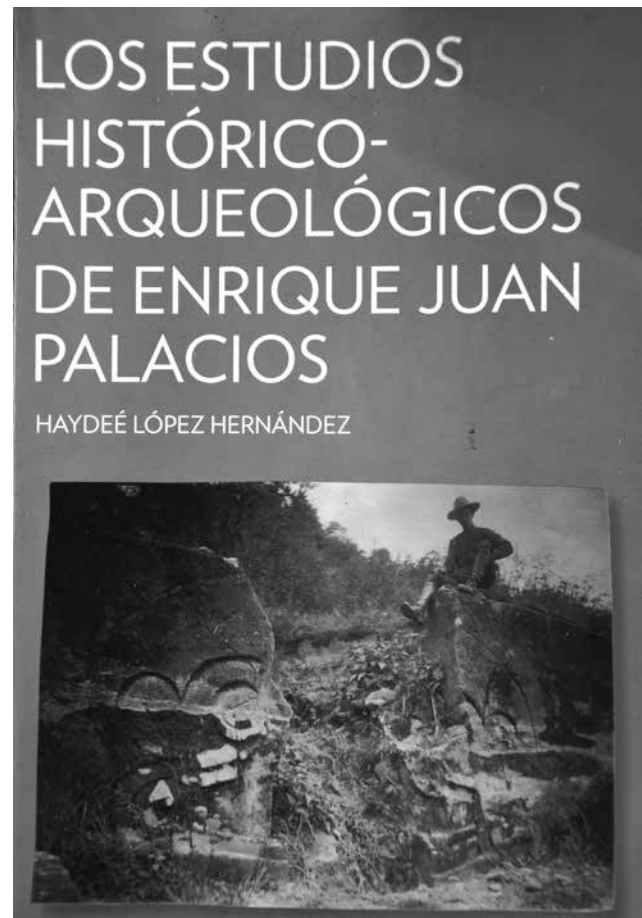
INAH (Historia), 2016

La lengua determinó en forma inequívoca que la memoria no es un instrumento para la exploración del pasado, sino solamente el medio. Así como la tierra es el medio en el que yacen enterradas las viejas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido. Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Ante todo no debe temer volver siempre a la misma situación, esparcirla como se esparce la tierra, revolverla como se revuelve la tierra. Porque las "situaciones" son nada más que capas que sólo después de una investigación minuciosa dan a luz lo que hace que la excavación valga la pena, es decir, las imágenes que, arrancadas de todos sus contextos anteriores, aparecen como objetos de valor en los aposentos sobrios de nuestra comprensión tardía, como torsos en la galería del coleccionista. Sin lugar a dudas es útil usar planos en las excavaciones. Pero también es indispensable la palada cautelosa, a tientas, en la tierra oscura. Quien sólo haga el inventario de sus hallazgos sin poder señalar en qué lugar del suelo actual conserva sus recuerdos, se perderá lo mejor. Por eso los auténticos recuerdos no deberán exponerse en forma de relato sino señalando con exactitud el lugar en que el investigador se apoderó de ellos. Épico y rapsódico en sentido estricto, el recuerdo verdadero deberá, por lo tanto, proporcionar simultáneamente una imagen de quien recuerda, así como un buen informe arqueológico debe indicar ante todo qué capas hubo de atravesar para llegar a aquella de la que provienen los hallazgos

"Desenterrar y recordar",
Walter Benjamin

En marzo de 2017, la doctora Haydeé López Hernández, investigadora adscrita a la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y autora de *Los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios*, que hoy aquí presentamos,¹ visitó el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, para obsequiarle un ejemplar a José Luis Ramírez Ramírez, el estimado "Don Pepe", como le conocemos en el medio, quien ha sido el responsable de este acervo por ya casi medio siglo y un interlocutor incansable y el mejor proveedor de información arqueológica, por mucho, para numerosas generaciones de arqueólogos. Durante esa visita y después de entregar su libro a "Don Pepe", fue cuando tuve por primera vez la grata oportunidad de conversar con esta investigadora, ya que sólo la conocía a través de la lectura de la tesis con la que obtuvo en 2003 el grado de licenciada en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), titulada *La arqueología mexicana en un periodo de transición 1917-1938*, así como por otros artículos publicados en años anteriores (López, 2003, 2007; López y Pruneda, 2015).

¹ La reseña que aquí se publica es el texto que se leyó en la presentación de la publicación, el día miércoles 15 de noviembre del 2017, en el Auditorio Wigberto Jiménez Moreno de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Agradezco a la arqueóloga Baudelina García L. Uranga del Centro INAH-Zacatecas por su ayuda en la revisión del mismo.



Unas semanas después de esa primera conversación, la arqueóloga regresó al Archivo Técnico de Arqueología para obsequiarme un ejemplar de su nuevo libro y para invitarme a ser uno de los comentaristas para esta tarde. Inmediatamente y con mucho gusto acepté su cordial invitación, en primer lugar por el interés que siempre he tenido por sus estudios; en segundo, porque en México no es frecuente que se editen libros sobre la historia de la arqueología, de ahí que debemos celebrar con mucha felicidad y alegría este evento, y finalmente, por el título de la publicación que me había obsequiado, donde se hacía referencia al nombre del arqueólogo Enrique Juan Palacios, cuya obra únicamente conocía por la publicación de su rica bibliografía (Zavala, 1981 [1953]; Bernal, 1962) y por los cursos sobre historia de la arqueología que a finales de los años ochenta del siglo XX impartió el maestro Carlos Navarrete en la ENAH. Él en varias ocasiones nos insistió —con voz muy alta y a la vez golpeando con un bastón en el piso del salón— sobre la enorme importancia de leer los penosamente olvidados trabajos publicados de Palacios sobre la denominada Piedra del Calendario. Su gran insistencia —recuerdo yo— en que leyéramos esas obras, era para que conociéramos con mayor seriedad y detalle la historia arqueológica de ese inmenso monolito azteca y aprendiéramos acerca de la enorme contribución de Palacios en el desciframiento de la iconografía, los glifos, símbolos y cuentas de cómputo del tiempo talladas sobre una de las caras de ese bello monumento. Y es que por esos años, el maestro se encontraba debatiendo con los grandes especialistas de los mexicas y las autoridades del INAH en turno sobre las cuestionables razones históricas para celebrar los 200 años del nacimiento de la arqueología en México, pero eso es otra historia que no nos detendremos contar aquí (Navarrete, 2000).

Debo confesar que una vez que tuve en mis manos el libro obsequiado por la arqueóloga, en cuya portada se presenta una hermosa fotografía —tomada en 1926, en color sepia— de Palacios vestido como todo un inspector de arqueología de la entonces recién creada Dirección de Arqueología de la Secretaría de Educación Pública (SEP), sentado sobre el remate de la fachada del templo monolítico de Malinalco, aún en ruinas, lo comencé a hojear rápidamente, recordé un viejo librero de mi abuelo, el profesor Dolores Medina, un destacado educador de la Escuela Nacional de Profesores de México y reconocido funcionario de la SEP, convencido del proyecto del Estado mexicano sobre la federalización de la educación. Recuerdo que cuando yo aún era estudiante de la ENAH, pude observar a través de las puertas de vidrio de ese librero que en su interior, entre los polvosos y ya muy amarillentos boletines y sobretiros del Antiguo Museo Nacional México, de la SEP y de varias dependencias e instituciones federales ya extintas,

habían algunas publicaciones sobre arqueología, que seguramente siguen ahí, durmiendo el sueño de los justos. Al tomar y abrir dichas publicaciones para verlas con más detalle y salir de la duda sobre su contenido, me percaté de que eran unas monografías de ruinas arqueológicas, escritas también por el arqueólogo Palacios, las cuales desde su adquisición y lectura por el profesor, y quizá por su hijo mayor —otro maestro normalista—, nadie se había dado a la tarea de leerlas o meramente hojearlas desde hacía muchos años.

Ese mismo estado de abandono por décadas y desinterés de muchas generaciones de investigadores por la lectura de su obra publicada, lo podemos encontrar cuando vamos a nuestras ahora poco concurridas bibliotecas en la búsqueda de libros y artículos de él o de los arqueólogos que fueron sus contemporáneos; las hojas de aquellas vetustas y polvosas publicaciones resguardadas por décadas dentro de esos maravillosos acervos, nunca fueron cortadas en los pliegos, evidencia clara de que nunca fueron leídas. También basta revisar la inmensa cantidad de libros y revistas sobre temas arqueológicos de México que se han editado recientemente para comprender que, con muy contadas excepciones, las publicaciones que aparecen citadas en sus bibliografías no se remontan a más de 15 o 20 años atrás, de ahí que los escritos de Palacios tampoco se encuentren registrados en ellas, lo que ha promovido aún más la pérdida de la memoria de su obra. A esto se debe agregar que los arqueólogos en la actualidad, no invierten demasiado tiempo ni esfuerzos por escudriñar dentro de los valiosos fondos y colecciones de las bibliotecas para buscar libros y revistas de arqueología como los de Palacios y de otros. La razón de ello —que he escuchado de parte de muchos arqueólogos— es que son obras que ya fueron superadas hace varias décadas, quizá porque en general nuestro gremio comparte una visión muy progresista y “presentista” de la historia de la ciencia, y específicamente de la historia de la arqueología en México.

Por ello resulta sumamente significativo que se celebre y reconozca la edición de este nuevo libro, ya que después de muchas décadas de olvido se revaloriza la figura de Enrique Juan Palacios Mendoza, cuya obra arqueológica publicada en el transcurso de las cuatro primeras décadas del siglo XX se “invisibilizó” en las denominadas narrativas “canónicas” de la historia de la arqueología mexicana. Y es que a partir de la revalorización de la obra y del entendimiento de cómo dicho arqueólogo comprendió el pasado, la doctora Haydeé López Hernández también rescató y reconoció dentro de la erosionada memoria de nuestra disciplina, una tradición arqueológica nacional denominada *de estudios históricos arqueológicos e iconográficos*, emanada de los sabios historiadores decimonónicos del Antiguo Museo Nacional, y que en esta publicación ella la

rescata de la penumbra del olvido y reconoce como una muy importante corriente de investigación del pasado prehispánico en el desarrollo de la historia de la arqueología mexicana. ¡Eso sí es un hallazgo!

Pero antes de pasar a exponer el contenido de esta publicación que hoy presentamos, me gustaría señalar cuáles son los dos principales aportes de la misma a la escritura de la historia de la arqueología mexicana. En primer lugar debo señalar que, con la excepción de dos artículos, uno editado por Vázquez de León en 1993 y el otro por la doctora López Hernández en 2003, la mayoría de las narrativas sobre la historia específicamente de la arqueología de las cinco primeras décadas del siglo xx, se escribieron como una crónica exitosa de progreso científico —“presentismo”— y desde una perspectiva fuertemente “internalista” (Moro, 2012: 183-184 y 179; 2007: 34-35), que interpretaba el desarrollo histórico de nuestra disciplina arqueológica como algo desconectado de cualquier contexto histórico-social y como resultado de una acumulación de hallazgos relevantes y de nuevos datos arqueológicos por parte de renombrados investigadores. Las explicaciones o interpretaciones del pasado de estos últimos eran el resultado de sus metódicas exploraciones de yacimientos arqueológicos y del análisis de materiales arqueológicos con técnicas sumamente rígidas y estandarizadas, las que realizaban de manera solitaria, o bien, con la colaboración de otro colega y no dentro de ámbitos académicos o institucionales del gobierno en los que también participaban otros arqueólogos, antropólogos, historiadores, ingenieros, arquitectos y otros tipos de técnicos —la mayoría de ellos funcionarios al servicio del Estado—, quienes con su trabajo y el conocimiento de su especialidad definitivamente contribuyeron a la construcción de esas interpretaciones del pasado prehispánico.

Dentro de esa crónica, el motor principal del avance histórico de la disciplina se encontraba en la invención de métodos científicos o en la importación de otras ciencias de la arqueología, así como de novedosas y sofisticadas técnicas para la recuperación de información arqueológica —supuestamente objetiva— sobre el pasado, con la que los arqueólogos iban rellenando las piezas faltantes del rompecabezas sobre el conocimiento de las culturas del México antiguo.

A diferencia de lo anterior, una de las principales contribuciones de la publicación de la doctora López Hernández se encuentra en la utilización de una perspectiva “externalista” para la construcción de la historia de la arqueología (Moro, 2012: 183-184).² Su narrativa se separa de aquellas historias puramente “internalistas”, no sólo al exhibir los fuertes lazos que estableció

la arqueología mexicana y su práctica durante esas décadas, con el contexto social, político, económico y cultural del país (de ahí el epígrafe de Walter Benjamin al referirse a la narrativa de la memoria —su analogía con los vestigios materiales del pasado— y sus ligas con los contextos de donde se extrae, es decir, su ubicación espacial en los yacimientos y capas estratigráficas que sirvieron como depósitos de la memoria), pero también demuestra la importancia de las conexiones personales, las relaciones de apoyo mutuo, acuerdos y desacuerdos sobre el conocimiento del pasado entre la red de arqueólogos, y cómo estos últimos se relacionan fuera del ámbito de la arqueología con otros personajes vinculados con la pirámide del poder político-económico y de otras esferas relacionadas con la familia, la educación, el gobierno, o bien, con los círculos académicos, científicos, filosóficos y artísticos de esa época. Por eso, la escritura de la historia del desarrollo de la disciplina arqueológica en este libro no busca, desde una perspectiva de “presentismo” (Moro, 2012: 179 y 183-184) y progresista de la ciencia, descartar o refutar las visiones y acercamientos del pasado de ciertos arqueólogos y de tradiciones de investigación pretéritas, en este caso la histórica-arqueológica emanada de los historiadores decimonónicos del Museo Nacional del siglo xix o el particularismo histórico introducido por el antropólogo norteamericano Franz Boas a comienzos de la segunda década del siglo xx a través de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnologías Americanas, sino comprender en su contexto histórico el pensamiento sobre el pasado y las maneras de acercarse a él por esos arqueólogos o por esas tradiciones de investigación.

Hasta la fecha desconozco si nuestras narrativas arqueológicas recientes se acercan más a lo que realmente ocurrió o suponemos que sucedió en el pasado, pero de lo que sí tengo cierta certeza es de que con este libro que hoy tengo en mis manos, la construcción racional de la escritura sobre la historia de la arqueología en México va por muy buen camino. Yo sé que allá afuera hay excelentes arqueólogos considerados grandes interpretadores del pasado, pero en el caso de la construcción de la narrativa sobre la historia de la arqueología en nuestro país durante las primeras cinco décadas del siglo anterior, la doctora Haydeé López Hernández es la mejor.

La segunda contribución de este libro a la construcción de la historia de la disciplina se relaciona con la revisión y consulta de una diversidad de documentos inéditos y editados muy poco conocidos para poder escribir la investigación que aquí se publica. Y es que suena sumamente sorprendente —quizás aún más para los historiadores— que hasta la actualidad, todas las publicaciones (con excepción de lo editado sobre los denominados anticuarios mexicanos y los arqueólogos-viajeros extranjeros anteriores al siglo xx y de

² Para la discusión entre “internalismo” y “externalismo”, también véase Moro (2007: 139-158).

otra obra reciente) que tratan sobre la historia de la arqueología en México, fueron escritas únicamente a partir de la consulta de textos editados y no de fuentes documentales inéditas, consideradas primarias, que se resguardan en los archivos.

Debo reconocer, a partir de la lectura de esta obra, que su autora ha pasado durante años largas jornadas de trabajo en los fondos reservados y en los diversos repositorios de muchas bibliotecas, buscando diferentes tipos de publicaciones no tan antiguas, las cuales —seguramente— desde hace muchas décadas han sido muy poco referidas o bien ignoradas no sólo en la literatura arqueológica, sino también en las investigaciones históricas. También ha indagado en la mayoría de los archivos bajo la custodia del INAH y en los denominados Históricos de la SEP (este último hoy ubicado en el Archivo General de la Nación), de la UNAM y de la ENAH; hurgó entre los acervos para consultar planes de estudios, anuarios académicos, *currículums* profesionales, expedientes personales y documentos burocráticos-administrativos, así como informes técnicos-arqueológicos generados por direcciones, departamentos u oficinas ya desaparecidas que estuvieron encargadas de la custodia, exploración y conservación de los antiguos monumentos de la época prehispánica. Su enorme esfuerzo de varios años por rastrear dentro de los archivos y bibliotecas toda la documentación antes referida, le permitió redactar esta novedosa parte de la historia de la arqueología, que cubre desde el fin del porfiriato hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo XX, pero enfocada en el ya referido Enrique Juan Palacios, quizás el último protagonista de esa sepultada tradición de estudios histórico-arqueológicos e iconográficos, a quien la arqueóloga le hace un justo y bien merecido homenaje con la edición de este libro, bajo el sello del INAH, en su colección Historia, serie Sumaria. Presenta 196 páginas divididas en dos grandes partes. La primera, autoría de la arqueóloga, cuenta con 93 páginas y tres apartados principales, mientras que la segunda parte, integrada por las 103 páginas restantes de la obra, la investigadora tuvo el acierto de reeditar íntegramente el desconocido escrito de Palacios titulado “Los estudios histórico-arqueológicos de México. Su desarrollo a través de cuatro siglos”, que originalmente se publicó en diversas entregas en el *Boletín de la SEP* entre los años de 1929 y 1930. Dicho escrito, como bien señala la arqueóloga, es una historia de la arqueología en México que ha pasado prácticamente inadvertida desde los años en que salió a la luz publicada y que ahora, en este libro, la rescata de la oscuridad de los acervos bibliotecarios para darla nuevamente a conocer después de 87 años de olvido, editándola por primera vez de manera conjunta; por ello los invitó a todos a leerla.

En el “Preámbulo” con el que se abre la primera parte de este libro, la autora nos ofrece una excelente reflexión del escrito antes referido, señalando que Palacios describió ahí con sumo cuidado y erudición cada una de las crónicas, tratados e investigaciones sobre el México antiguo que fueron escritas en caracteres latinos por indígenas, españoles, nacionales o extranjeros, desde el siglo XVI hasta el XIX, y también rastreó las ediciones, traducciones, casas editoriales y editores que publicaron cada una de esas obras. Su monumental trabajo —sin duda, el de un bibliófilo— es una historia acumulativa y lineal acerca de la genealogía de las ideas y del conocimiento sobre el mundo prehispánico y de cómo tal se fue transmitiendo en el transcurso de cuatro siglos en esos textos. Al considerarse Palacios heredero del pensamiento de los historiadores del siglo XIX y de las investigaciones realizadas en torno a esos documentos históricos y etnohistóricos, escribió aquí una historia formal del conocimiento arqueológico; o mejor dicho: hizo un recuento historiográfico de los estudios histórico-arqueológicos de México, como él los llamaba, en los que enfatizaba los vínculos entre el estudio de los restos arqueológicos y de las fuentes documentales. Él pensaba que a partir de la confrontación crítica y de la interrelación de la información escrita de las últimas, sumada a la que se iba obteniendo del desciframiento de signos, símbolos, jeroglíficos, cuentas del calendario y motivos iconográficos tallados en los monolitos —principalmente de los mexicas y en estelas de piedra de los mayas—, era factible penetrar en el conocimiento de ámbitos del pasado relacionados con el pensamiento cosmogónico y mitológico de esas antiguas sociedades, en sus sistemas para la medición del tiempo y de los movimientos de los astros, y su interrelación con sus ciclos de fiestas anuales y de su vida religiosa.

Ello constituye una metodología de acercamiento y de interpretación de los documentos arqueológicos pétreos, apoyada principalmente en la lectura de fuentes históricas escritas en caracteres latinos, nada alejada de lo que hacían otros investigadores mexicanos o extranjeros que lo precedieron o fueron contemporáneos de Palacios. De ahí que hacia el fin de la tercera década del siglo XX, al percatarse él de que esa tradición o corriente a la que pertenecía no tendría proyección a futuro en las siguientes generaciones de arqueólogos y menos aún las investigaciones arqueológicas de nuestro país, ya que la lectura de las fuentes coloniales e interpretaciones iconográficas ya no constituían el núcleo de nuestra disciplina y sí lo eran los estudios estratigráficos y las secuencias cerámicas, decidió dejar testimonio de su labor publicando en varias entregas sus ya mencionados estudios histórico-arqueológicos de México, mismos que fueron olvidados en el transcurso del siglo XX, y que es el tema que se trata en el

segundo apartado de la primera parte del libro de la doctora López Hernández. En ese apartado, la arqueóloga escribió un sólido estudio introductorio donde expone y analiza las razones que motivaron que la figura de Enrique Juan Palacios, sus investigaciones y obras publicadas, no tuvieran un fuerte impacto en la memoria histórica de nuestra disciplina, de ahí su invisibilización en las denominadas narrativas canónicas de la historia de la arqueología, como la publicada por Ignacio Bernal en 1979. Es sólo gracias al deshilado y análisis crítico que hace la arqueóloga de la escritura de la anterior narrativa, considerada por muchos una piedra angular en la construcción de la historia de la arqueología en México, que podemos entender por qué en su libro Bernal apuntaló en términos académicos el papel de ciertos personajes y de sus corrientes de investigación, o bien, los nulificó, como lo hizo con Palacios y la tradición de estudios históricos-arqueológicos a la que pertenecía.

En el tercer apartado se ofrece una semblanza biográfica del mismo Palacios, que trata sobre su historia personal, trayectoria educativa, convicción y defensa del positivismo; sus estudios y preocupaciones profesionales; los primeros contactos con ciertos ámbitos académicos y la publicación de sus artículos en los órganos de difusión, por los que obtuvo cierto reconocimiento de los intelectuales dedicados al conocimiento sobre el México antiguo; los puestos laborales que ocupó y los trabajos realizados como bibliotecario en el Museo Nacional y en ciertas dependencias de gobierno relacionadas con la arqueología; las relaciones e intercambios que estableció con otros arqueólogos, antropólogos e historiadores, y de manera indirecta con ciertas figuras políticas e intelectuales muy renombradas. Y, finalmente, al hacer el recuento de sus principales obras de arqueología publicadas, la arqueóloga deja entrever en ellas los debates que Palacios sostuvo con otros investigadores de aquella época. Algunas de sus obras han dejado a la fecha como mejor legado de su pensamiento, problemas y preguntas de investigación sobre el México antiguo que los especialistas aún no han solucionado y que se siguen discutiendo.

Sólo por mencionar algunas de esas incógnitas se pueden señalar: la determinación del mes y fechas iniciales del año indígena y si antiguamente se practicaban intercalaciones semejantes a nuestros bisiestos para corregir el desfase del calendario con respecto a los días del año trópico, la medición del equinoccio astronómico por los antiguos mexicanos, la exactitud de la sincronía entre las fechas de los calendarios precolombino y gregoriano, si las ruinas de la antigua urbe de Teotihuacan eran la *Tollan* de las fuentes (Carrasco, Jones y Sessions, 2000) y su espacio sagrado-ceremonial era ese lugar donde se realizaban las ceremonias religiosas de encendido del Fuego Nuevo, como ha

sido sugerido en recientes eventos académicos sobre la antigua Ciudad de los Dioses,³ en los que nunca se mencionó la supuesta obra superada de Enrique Juan Palacios Mendoza, a quien ahora y con la publicación de este libro colocamos como uno de los más grandes historiadores de la arqueología en México.

José Humberto Medina González
 Archivo Técnico de la Coordinación
 Nacional de Arqueología-INAH

Bibliografía

Benjamin, Walter

1992 *Cuadros de un pensamiento*. Trad. de Susana Mayer y A. Manzini. Buenos Aires, Imago Mundi.

Bernal, Ignacio

1962 *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y norte de México, 1514-1960*, edición conmemorativa en ocasión de XXXV reunión del Congreso Internacional de Americanistas. México, INAH.

1979 *La historia de la arqueología en México*. México, Porrúa.

Carrasco, David, Jones, Lindsay, y Sessions, Scott (eds.)

2000 *Mesoamerica's Classic Heritage: from Teotihuacan to the Aztecs*. Boulder, University Press of Colorado (Mesoamerican Worlds: From Olmecs to Danzantes).

López Hernández, Haydeé

2003 Glifos y letras. Un acercamiento a los estudios históricos-arqueológicos e iconográficos en las décadas de los veinte y treinta del siglo xx en México. *Cuicuilco*, 10 (28, nueva ép.): 1-11.

2007 Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución. En Frida Gorbach y Carlos López Beltrán (eds.), *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina* (pp. 83-110). México, El Colegio de Michoacán.

López Hernández, Haydeé, y Pruneda Gallegos, Elvira

2015 Dimes y diretes: polémicas sobre la práctica arqueológica en México. *Trace*, 67: 39-61.

3 J. Daniel Flores Gutiérrez, ponencia sobre los fundamentos astronómicos teotihuacanos y celebraciones de Fuego Nuevo, simposio sobre los resultados preliminares de las investigaciones Proyecto Tlatocan Camino bajo la tierra en Teotihuacan Sesión 5, noviembre 2014, recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=NdPxQlyohD4>>.

Moro Abadía, Óscar

- 2007 *Arqueología prehistórica e historia de la ciencia, hacia una historia crítica de la arqueología*. Pról. de Bruce G. Trigger. Barcelona, Bellaterra (Bellaterra Arqueología).
- 2012 La nueva historia de la arqueología: un balance crítico. *Complutum*, 23 (2): 177-190.

Navarrete, Carlos

- 2000 *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica Maya*. México, UNAM-Centro de Estudios Mayas, IIF-IIA (Cuaderno 26).

Vázquez de León, Luis

- 1993 Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940). En María Teresa Cabrero G. (comp.), *II Coloquio Pedro Bosh-Gimpera* (pp. 36-77). México, IIA-UNAM.

Zavala, Lauro José

- 1981 [1953] *Contribución bibliográfica del profesor Enrique Juan Palacios*, [reds.] México, IIA-UNAM.